

≡ CÉSAR MOLINAS / PILAR GARCÍA PEREA ≡

PONER FIN AL DESEMPLEO ¿QUEREMOS? ¿PODREMOS?

UNA PROPUESTA ANALÍTICA SOBRE LA
OCUPACIÓN Y EL EMPLEO EN ESPAÑA



IEAF|FEF
INSTITUTO ESPAÑOL DE
ANALISTAS FINANCIEROS
FUNDACIÓN DE
ESTUDIOS FINANCIEROS

DEUSTO

**Poner fin al desempleo.
¿Queremos? ¿Podremos?**

**CÉSAR MOLINAS
PILAR GARCÍA PEREA**



EDICIONES DEUSTO

© 2016 César Molinas y Pilar García Perea

© Centro Libros PAPF, S.L.U., 2016

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPF, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: microbiogentleman.com

Ilustración de la cubierta: © John Holcroft - Getty Images

ISBN: 978-84-234-2507-5

Depósito legal: B. 2.245-2016

Primera edición: marzo de 2016

Preimpresión: Victor Igual, S.L.

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Presentación	11
Introducción y sinopsis	15

PRIMERA PARTE

LAS TENDENCIAS GLOBALES DE LA OCUPACIÓN

Capítulo 1. La demografía	21
1.1. Del Neolítico a la Revolución industrial	22
1.2. De la Revolución industrial a nuestros días	25
1.3. ¿Demografía endógena o exógena?: la transición demográfica	29
Capítulo 2. La globalización	39
2.1. Los efectos redistributivos de la globalización económica	42
2.2. Globalización y Estado de bienestar	48

Capítulo 3. La digitalización y la aceleración del cambio tecnológico.	55
3.1. La ley de Moore: la diferencia está en la velocidad	59
3.2. Digitalización, demanda agregada, PIB y empleo. .	64
3.3. La desigualdad y el papel de la educación	69
3.4. Tecnología y democracia.	73

Capítulo 4. El crecimiento potencial y el estancamiento secular	75
4.1. ¿Está bajando el crecimiento potencial?	76
4.2. El crecimiento potencial de la economía española. .	80
4.3. Estancamiento secular, tipos de interés negativos y demografía	84
4.4. Deflación, tipos de interés y demografía.	87

SEGUNDA PARTE

LA GÉNESIS DE LA ANOMALÍA LABORAL ESPAÑOLA

Capítulo 5. La génesis de la anomalía laboral española (I): una historia de la prohibición de despedir	97
5.1. Prohibido despedir: el mercado laboral en el franquismo	101
5.2. Conflictividad laboral y cierre de empresas: el mercado de trabajo en la Transición	102
5.3. La estabilización económica y política: la cláusula <i>erga omnes ex ante</i>	107
5.4. El Estatuto de los Trabajadores de 1980: se abre la posibilidad de despedir	109
5.5. La prohibición de despedir y la segmentación entre fijos y eventuales.	115
5.6. Las reformas de 2012: pasos en la buena dirección que deben continuarse	123
5.7. Un modelo de <i>insiders-outsiders</i> con estabilidad	

política e infrautilización crónica de los recursos productivos	134
5.8. Las reformas no han conseguido suprimir las anomalías.	140

Capítulo 6. La génesis de la anomalía laboral española (II): la historia de una acumulación de capital humano disfuncional

6.1. La educación y la formación profesional en el franquismo	145
6.2. La educación en un mundo más técnico y globalizado	151
6.3. La educación y la formación profesional en la España democrática.	156
6.4. La distribución bipolar de las cualificaciones laborales en España	162
6.5. La formación para el empleo	169

TERCERA PARTE

LAS REFORMAS NECESARIAS EN ESPAÑA

Capítulo 7. Propuestas para reformar el mercado de trabajo en España.

7.1. Reducir el activismo judicial introduciendo sistemas de mediación para la solución de conflictos individuales.	178
7.2. Liberar la negociación colectiva de la servidumbre <i>erga omnes</i>	183
7.3. Racionalizar el despido y unificar los contratos.	187
7.4. La indemnización por despido debería ser finalista	191
7.5. Las políticas activas de empleo.	197
Apéndice al capítulo 7: Consideraciones sobre la mochila austriaca	203

Capítulo 8. Hay que aumentar la competencia y la meritocracia en el sistema educativo	207
8.1. Primero la gestión, luego el dinero.	214
8.2. El papel de los centros de excelencia y el ejemplo del deporte.	216
8.3. Educar para la creatividad	220
8.4. ¿Qué hacer con la Universidad?	224
8.5. La formación profesional	227
Agradecimientos	237

1

La demografía

El cambio demográfico es el telón de fondo contra el que actúan los principales condicionantes del mercado de trabajo. La demografía es causa directa o indirecta de fenómenos aparentemente tan dispares como la caída de las tasas de actividad y de empleo en las sociedades desarrolladas, como las dificultades de financiación que experimentan los sistemas de pensiones —no solo los sistemas de reparto sino también, como veremos, los de capitalización— y como la aparición de presiones deflacionistas globales que erosionan la eficacia con que los bancos centrales pueden actuar sobre el crecimiento económico y el empleo. Por poner solo tres ejemplos relevantes. En el presente siglo se producirá una situación demográfica inédita en la historia de la Humanidad: la población se reducirá —ya está ocurriendo en algunos países, España entre ellos— y la esperanza de vida continuará creciendo. Esto causará cambios muy importantes en la sociedad, la economía y el mercado de trabajo.

Las consideraciones demográficas son muy importantes en este libro. Por ello —y para facilitar la comprensión de los capítulos siguientes— conviene tener una idea cabal sobre la naturaleza y las consecuencias del cambio demográfico que la Humanidad ha experimentado en el último siglo y medio. A exponer esta idea dedicamos este primer capítulo. En primer lugar haremos una

brevíssima caracterización de la evolución de la demografía desde la Revolución neolítica hasta la Revolución industrial. Acto seguido analizaremos los factores que impedían un aumento de la esperanza de vida en una sociedad que ya conocía aumentos sostenidos de la población. A continuación caracterizaremos la transición demográfica como el resultado de la interacción de tres factores: 1) La mencionada Revolución industrial, que permitió superar los límites maltusianos al incremento de la población mediante el incremento de la productividad; 2) Las políticas de higiene pública, que permitieron desplazar la principal causa de mortalidad de las enfermedades infecciosas a las enfermedades crónicas y, así, reducir espectacularmente la mortalidad; y 3) Un cambio cultural que ajustó a la baja la tasa de natalidad para adaptarse a la drástica reducción de la mortalidad infantil —la gradualidad de dicho ajuste explica la explosión demográfica del siglo XX. Por último argumentaremos que la deflación es un resultado del cambio demográfico, que se manifiesta en tasas muy bajas o negativas de inflación, en tipos de interés cercanos a cero y, en los países más envejecidos en los que la población ya ha comenzado a disminuir, en superávits crónicos de balanza por cuenta corriente. El remedio a la deflación, argumentaremos, tiene que venir más a través del sistema tributario que de la política monetaria.

1.1. Del Neolítico a la Revolución industrial

Nadie sabe muy bien por qué, hará unos diez milenios, los humanos que habían llevado una vida nómada como cazadores y recolectores durante cientos de miles de años decidieron hacerse sedentarios, agricultores y ganaderos. Hay quien opina, como Francisco Comín,¹ que la mejora de las condiciones climáticas al terminar la última glaciación permitió afrontar la presión demográfica mediante la dedicación a la agricultura, cuyas técnicas

1. En su *Historia económica mundial: de los orígenes a la actualidad*, Alianza, Madrid, 2011.

básicas se conocían desde hacía mucho tiempo. Otros, como Ian Morris,² señalan que debió haber razones de mucho peso para cambiar a una nueva sociedad sedentaria que implicaba un gran descenso de calidad de vida porque obligaba a pechar con el trabajo, la desigualdad social y la guerra que fueron, probablemente, las tres novedades más desagradables que ha tenido que afrontar la Humanidad en toda su historia.³ Por si esto fuera poco, el cambio a una sociedad sedentaria de agricultores y ganaderos conllevó la aparición de hambrunas y un empobrecimiento de la dieta del que aún nos estamos resintiendo los humanos el siglo XXI porque seguimos estando genéticamente diseñados para el nomadismo cazador y recolector.⁴

No se conoce a ciencia cierta cuáles fueron las razones de la adopción de la vida sedentaria. Quizás el declive de los animales grandes en favor de los pequeños, más difíciles de cazar, unido al agotamiento paulatino de los vegetales recolectables. Probablemente fueron razones diferentes en zonas geográficas diferentes y en tiempos diferentes. Como argumenta Morris, hay evidencia arqueológica de prácticas agrícolas sobre el 9000 a. C. en Mesopotamia y en la cuenca del Jordán. A Italia y al Levante español la agricultura llegó sobre el 6000 a. C. y a la Europa atlántica sobre el 4000 a. C. La agricultura y la ganadería propiciaron un notable aumento de los alimentos disponibles. Según las estimaciones de Morris el consumo energético en Europa era de 8 kilocalorías por persona y día en 8000 a. C. y se había quintuplicado, hasta las 31 kilocalorías en la época del emperador Augusto. A partir de esa fecha la restricción maltusiana se estanca, el consumo de calorías por persona se reduce y no supera al que se consiguió en el

2. En su *Why the West Rules —for Now*, Profile Books, Londres, 2011.

3. Véase a este respecto el cap. 2 de César Molinas, *Qué hacer con España*, Destino, Barcelona, 2013.

4. El tamaño de los fémures encontrados en Atapuerca indica que los varones eran altísimos (170-175 cm). Esto es un indicio indirecto de que en la etapa preneolítica el estatus nutritivo era superior a los que le siguieron hasta el siglo XVIII. De hecho, los médicos del siglo XXI recomiendan volver a la dieta previa a la Revolución neolítica y al ejercicio físico propio del nomadismo.

Imperio romano hasta entrado el siglo XVIII. A principios del siglo XX se consumían en Occidente 92 kilocalorías por persona y día, cantidad que se elevó hasta las 203 kilocalorías a principios del siglo XXI. Consumimos hoy en día treinta veces más calorías que nuestros ancestros del Neolítico.

Según Angus Deaton,⁵ el aumento de la disponibilidad de alimentos que se produjo a partir de la sedentarización de la humanidad propició un incremento de la población, pero no un aumento de la esperanza de vida. Aumentó la tasa de fertilidad de las mujeres al hacerse sedentarias, pero aumentó también la mortalidad infantil por el crecimiento de las enfermedades infecciosas como resultado de la aglomeración de población⁶ en lugares estables en los que no se tomaban las precauciones higiénicas a las que estamos acostumbrados en la actualidad. La población aumentaba a la que se cultivaba nueva tierra y a la que había buenas cosechas, pero disminuía en las hambrunas y en tiempos de epidemia. De este modo se estableció un equilibrio malthusiano que, en sus características básicas, se mantuvo inalterado miles de años y que no empezó a cambiar hasta mediados del siglo XVIII con la Revolución industrial. Desde la Revolución neolítica hasta hace dos siglos y medio la Humanidad fue esclava de la enfermedad y de los principios de Malthus. La demografía, a los efectos de este libro, puede considerarse completamente plana. Irónicamente, cuando Malthus publicó en 1798 su célebre *Ensayo sobre el principio de la población* la transición demográfica que llevó a la superación del equilibrio malthusiano había ya comenzado. Terminaba una era que había durado miles de años y comenzaba una nueva dinámica de la población.

5. En su *The Great Escape: Health, Wealth and the Origins of Inequality*, Princeton University Press, Princeton, 2013.

6. Véase a este respecto la obra clásica de Massimo Livi Bacci *Historia mínima de la población mundial*, Crítica, 2009.

1.2. De la Revolución industrial a nuestros días⁷

Aunque las estimaciones de Morris muestran un aumento del consumo de calorías per cápita desde 1700 en adelante (un 23 % acumulado en el siglo XVIII), la esperanza de vida de la población europea no empezó a subir de manera tendencial hasta la segunda mitad del siglo XIX. Eso hace sospechar que no era el límite alimentario la principal causa del estancamiento de la mortalidad. Fuentes alternativas, como el estudio de Bernard Harris,⁸ citado y utilizado por Deaton, muestran estimaciones discrepantes del crecimiento de los salarios reales en Inglaterra desde el comienzo de la Revolución industrial hasta mediados del siglo XIX.

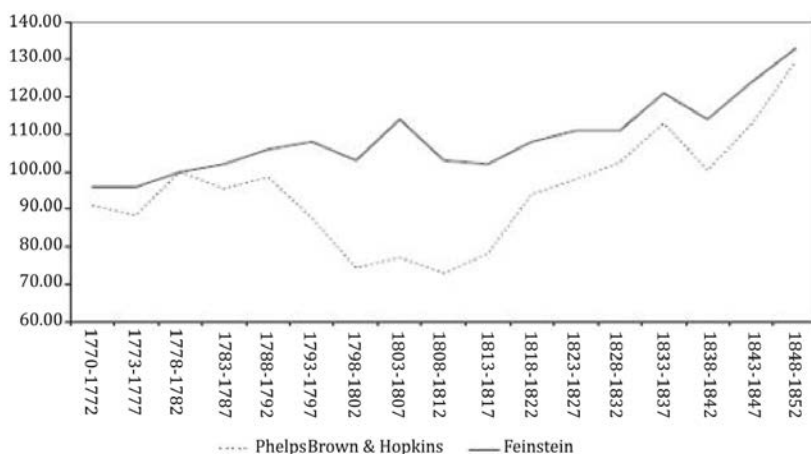
En el gráfico 1.1 la estimación de Feinstein, la más reciente, muestra un crecimiento del 10 % de los salarios reales en Inglaterra entre 1770 y 1800, mientras que la de Phelps, Brown y Hopkins muestra una caída de casi el 30 %. Aunque miden conceptos de renta diferentes, hay demasiada discrepancia entre ellas. ¿Con cuál quedarnos? De la respuesta que demos a este dilema depende la importancia que se le tenga que dar al principio alimentario malthusiano respecto a explicaciones alternativas como causa del estancamiento de la esperanza de vida.

La respuesta dada por Harris es un prodigio de ingenio. El gráfico 1.2 muestra estimaciones de la esperanza de vida al nacer del conjunto de la población inglesa (línea continua) y de las familias ducales (puntos) entre 1550 y 1850. Puede observarse que la línea continua no tiene una tendencia clara en los tres siglos considerados en el gráfico. La de las familias ducales va incluso

7. En este epígrafe, por razones de disponibilidad, se utilizan datos de población de Inglaterra e Irlanda para los siglos XVI a XVIII y se hace la hipótesis de que las tendencias demográficas en otros países europeos no fueron demasiado diferentes. A largo plazo parece una hipótesis razonable, aunque a corto plazo la varianza puede haber sido muy grande.

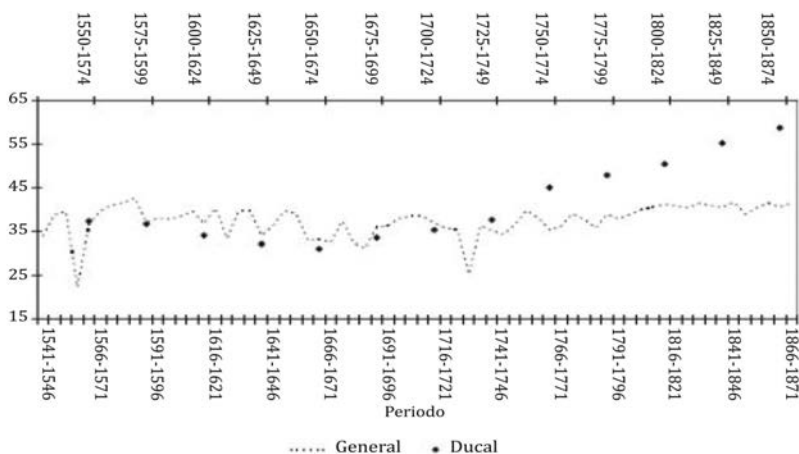
8. Ver su artículo «Public health, nutrition and the decline of mortality: the McKeown thesis revisited», *Social History of Medicine*, 17(3), pp. 379-407, 2004.

Gráfico 1.1. Salarios reales en Inglaterra 1770-72 a 1850-52



Fuente: E. A. Wrigley and R. S. Schofield, *The Population History of England 1541-1871: a Reconstruction* (Cambridge, 1981), pp. 642-4; C.H. Feinstein, «Pessimism Perpetuated: Real Wages and the Standard of Living in Britain During and After the Industrial Revolution», *Journal of Economic History*, 58 (1998), 625-58, p. 468 (ingresos reales ajustados por desempleo en Gran Bretaña).

Gráfico 1.2. Esperanza de vida general y ducal, Inglaterra 1550-1875



Fuente: Hollingsworth, «The Demography of the British Peerage», *Population Studies*, 18 (Supplement, 1966), pp. 56-7; E. A. Wrigley, R. Davies, J. Oeppen y R. Schofield, *English Population History from Family Reconstitution 1580-1837*, p. 614, Cambridge, 1997.

por debajo de la línea continua de la población general durante los dos primeros siglos, pero a partir de 1750 inicia una clara tendencia ascendente y se despega con claridad de la otra: en 1850 la esperanza de vida de un duque era 20 años superior a la del conjunto de la población. ¿Qué explicación tiene este gráfico?

En primer lugar, el gráfico parece descartar que el estancamiento de la esperanza de vida de la población general se deba a la malnutrición. Los aristócratas se alimentaban muy bien, quizás demasiado bien, incluso, para su salud. Y la buena alimentación no mejoraba su esperanza de vida. De hecho, los excesos alimentarios pueden explicar por qué la esperanza de vida de la aristocracia fue algo inferior a la de la población general hasta 1750. La falta de tendencias hasta esa fecha se tiene que deber a las enfermedades contagiosas y epidemias, cuya incidencia en la aristocracia no estaba mitigada por una buena alimentación. Era la enfermedad, no la nutrición, lo que mantenía estancada la esperanza de vida.

A partir del siglo XVI la población experimentó crecimientos muy importantes: entre 1550 y 1750 la población de Gran Bretaña e Irlanda pasó de 4,2 millones de personas a 6,5 millones, un crecimiento del 55 % acumulado. Este crecimiento, dado el estancamiento de la esperanza de vida, tiene que haberse logrado por un incremento de la tasa de fertilidad, lo que constituye otro síntoma de la gradual relajación de la restricción malthusiana a partir del siglo XVI. La historia de la demografía hasta mediados del siglo XIX se caracteriza por una población creciente y una esperanza de vida más o menos estable. Esto contrasta con el escenario más probable para el siglo XXI que es el de una esperanza de vida creciente y una población decreciente. Es un cambio que, como veremos, acarrea inmensas consecuencias.

Volviendo al gráfico 1.2: ¿qué ocurrió para que las familias ducales comenzasen a incrementar su esperanza de vida de forma sostenida a partir de mediados del siglo XVIII mientras que la el conjunto de la población permanecía estancada? La respuesta, como señala Deaton, está en el entorno propicio que introdujo la Ilustración para poner en duda dogmas establecidos y para fomentar el conocimiento y la innovación. Se introdujeron reme-

dios exóticos contra la malaria (quinina), sífilis (guayaco) y otras enfermedades, y comenzó a extenderse el uso de la virolación, prevacuna rudimentaria contra la viruela, que redujo la mortalidad por esta enfermedad de manera significativa. Todos estos remedios eran muy caros, lo que restringía su aplicación a las clases pudientes que, por conocimiento o por moda, empezaron a usarlos. La tasa de mortalidad de la aristocracia empezó a bajar. También comenzaron a aplicarse principios básicos de higiene, tanto privados como públicos —por ejemplo lavarse las manos antes y después de practicar determinadas operaciones, como asistir a los partos—. Todo ello, ya entrado el siglo XIX, comenzó a resultar en una caída de la tasa de mortalidad para el conjunto de la población, a la que el coste de los remedios se abarató y, sobre todo, se extendió la cultura de la higiene.

Sigamos con el argumento de Deaton. La esperanza de vida al nacer del conjunto de la población, en Inglaterra y Gales, subió de 40 años en 1850 a 45 años en 1900. En el medio siglo siguiente, hasta 1950, subió hasta los 70 años. En otros países occidentales la esperanza de vida tuvo incrementos similares. ¿Cuál fue la causa de esta radical caída de la mortalidad? La primera razón hay que buscarla en la caída de la mortalidad infantil. Y esta caída se debió, principalmente, no tanto al descubrimiento de nuevos medicamentos como «al control de la enfermedad mediante medidas de salud pública» que comenzó con la recogida de basuras, mejoras del suministro de agua y otras medidas higiénicas. La teoría de los gérmenes vino a ratificar estas prácticas y a impulsar muchas otras adicionales ya entrado el siglo XX. La caída de la mortalidad, según Deaton, tiene sus orígenes no tanto en los avances contemporáneos de la medicina como en la voluntad política de generalizar al conjunto de la población las medidas higiénicas que ya habían comenzado a extenderse entre las clases acomodadas.

A estas medidas de higiene se fueron añadiendo avances de la medicina en el control de las enfermedades infecciosas, como el descubrimiento de la penicilina por Alexander Fleming en 1928, que contribuyeron a un aumento continuado de la esperanza de vida que se prolongó durante todo el siglo XX y continúa en el si-

glo XXI. La mayor causa de mortalidad del género humano ya no son las enfermedades infecciosas —como el tifus, el cólera o la tuberculosis— que se cebaban particularmente en los niños, sino las enfermedades crónicas —como el cáncer, el parkinson, las coronarias o el NASH— que son enfermedades de los mayores y los más ancianos.

Los progresos en el tratamiento y control de las enfermedades crónicas continúan aumentando rápidamente la esperanza de vida: en España, por ejemplo, la esperanza de vida del conjunto de la población está aumentando en la actualidad un año cada cinco años transcurridos. Es un ritmo vertiginoso, aunque inferior al que se experimentó en la primera mitad del siglo XX. Entonces aumentó la esperanza de vida de los niños y ahora está aumentando la de los ancianos. No parece, dados los avances actuales de la medicina, que ese incremento de la esperanza de vida vaya a detenerse.⁹ Tampoco está claro cuáles son sus límites, si es que los hay. Susan Hockfield, neurocientífica y decimosexta presidenta del Massachusetts Institute of Technology (MIT) declaró en 2007 que «así como el siglo XX se caracterizó por la convergencia de la ingeniería con la física, el siglo XXI se caracterizará por la convergencia de la ingeniería con las ciencias de la vida».¹⁰ Es probable que los cambios que se avecinan, como de costumbre, sorprendan al alza en lo que a la esperanza de vida se refiere.

1.3. ¿Demografía endógena o exógena?: la transición demográfica

En 1989, Leandro Prados de la Escosura y César Molinas publicaron un artículo¹¹ de cliometría (histórica económica cuantitati-

9. Véase Oeppen, J. y Vaupen, J., «Broken limits to life expectancy», *Science*, vol. 296, 10, 2002.

10. Declaraciones recogidas en la edición de *El País* del 11 de abril de 2007.

11. «Was Spain Different?: Spanish Economic Backwardness Revisited». *Explorations in Economic History*, vol 26(4), pp 385-402. Este artículo es conocido cariñosamente como «el cerdo» entre los historiadores económicos.

va) en el que construían mediante técnicas econométricas un patrón de desarrollo «europeo» en el que variables representativas del grado de desarrollo económico, como las tasas de inversión, escolarización, gasto público y estructura sectorial de la producción, entre otras, se estimaban como variables dependientes de la renta per cápita y de la población, que se tomaban como exógenas. Se trataba de construir una norma cuantitativa «europea» en forma matricial que permitiera, por diferencias, estimar cuánto se acercaban España y otros países, particularmente Italia, al patrón de desarrollo europeo. Una conclusión relevante del artículo fue que, a igualdad de renta per cápita y población, Italia era mucho más «europea» que España porque estaba más próxima al estándar estimado, corroborando la intuición de que España sí fue «diferente» en los siglos XIX y XX.

El artículo fue polémico desde que empezó a circular como borrador. Una de las críticas más extendidas entre los historiadores fue que no se debía tomar la población como exógena puesto que es la gran resultante endógena de todas las demás variables socioeconómicas y ambientales. En efecto, así ha sido durante más de un millón de años, aunque el enfoque de Prados y Molinas para construir la norma europea, al incluir también la renta per cápita como variable explicativa, corregía por esa posible endogeneidad. En cualquier caso, el objetivo de este epígrafe es discutir hasta qué punto la población se ha transformado en exógena en las últimas décadas, es decir, hasta qué punto las características demográficas se han exogeneizado y están actuando como determinantes en última instancia de la economía y de rasgos básicos de la sociedad. Para ello hay que hablar de las consecuencias de la llamada «transición demográfica».

En los dos epígrafes anteriores hemos trazado una brevísima historia del cambio demográfico experimentado por la humanidad a lo largo de su existencia. Puede resumirse diciendo que, a los efectos de este libro, no pasó nada relevante hasta hace un siglo y medio, aproximadamente. Ciertamente que la población creció entre 1550 y 1850 como consecuencia de una gradual y lenta relajación de la restricción maltusiana, pero la mortalidad y la espe-

ranza de vida se mantuvieron aproximadamente constantes hasta mediados del siglo XIX y la población se seguía comportando como la «gran resultante endógena» del devenir histórico. El cambio demográfico experimentado desde entonces puede achacarse a la concurrencia de tres causas que aparecieron de manera secuencial.

En primer lugar, la Revolución industrial propició un aumento de la productividad en Occidente que se tradujo en un incremento de salarios y en una paulatina mejora de las condiciones de vida de la población. La pérdida de relevancia de la restricción malthusiana se aceleró. El Londres de Dickens fue cediendo paso paulatinamente a los primeros pasos del Estado de bienestar en el último tercio del siglo XIX, primero en Alemania y a continuación en otros países europeos.

En segundo lugar, las políticas de higiene pública, principalmente el reciclaje de residuos y de separación de las aguas fecales del suministro de agua potable mejoraron enormemente las condiciones sanitarias de los núcleos urbanos. La teoría de los gérmenes como origen de epidemias y enfermedades impulsada por Robert Koch y Louis Pasteur a finales del siglo XIX se acabó imponiendo frente a teorías alternativas como, por ejemplo, la del miasma. Ello contribuyó a mejorar y a popularizar el conocimiento de las enfermedades infecciosas y a dar un nuevo impulso a las políticas públicas de higiene: entre 1875 y 1880 se aprobaron leyes de salud pública en los principales países europeos. Como resultado de estas políticas y de posteriores avances de la medicina, la mortalidad que, en tendencia, se había mantenido estable durante muchos siglos, empezó a caer de manera drástica y se aceleró la sustitución de las enfermedades infecciosas como principal causa de la mortalidad por las enfermedades crónicas.

En España no se aprobó una ley eficaz de salud pública hasta el Estatuto Municipal de 1924, lo que contribuye a explicar que la tasa de mortalidad española tardase en declinar y permaneciese más alta que en Europa durante bastante tiempo y que la población creciese solo un 24 % en la segunda mitad del siglo XIX frente al 51 % de Inglaterra o el 42 % de Italia. También en esto Espa-

ña fue «diferente».¹² En 1900 solo el 57 % de los españoles nacidos vivos llegaba a cumplir los veinte años. En 1930 este porcentaje era el 76 % y en 1959 era el 95 %.¹³ Hasta la explosión de la natalidad conocida como el *baby boom* tuvo lugar en España con una década de retraso respecto a los principales países europeos y a Estados Unidos.

En tercer lugar, tras la caída de la mortalidad de la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, se produjo una fuerte caída de la natalidad. Históricamente, la caída de la mortalidad precedió en décadas a la caída de la natalidad, lo que resultó en un importante incremento de la población que fue acentuado por explosiones temporales de natalidad como el *baby boom* de mediados del siglo XX.¹⁴ En España la natalidad comenzó a decrecer ya a principios del siglo XX, también más tarde que en otros países europeos, probablemente como ajuste consciente o reflejo a la caída de la mortalidad infantil que comenzaba a observarse. La tasa bruta de natalidad, que fue el 32,6 ‰ en 1910, cayó al 20 ‰ en 1950. Creció hasta el 22 ‰ en los años del *baby boom* para caer aceleradamente hasta el 15 ‰ en 1980 y el 10 ‰ en 1990, tasa en la que ha permanecido más o menos estable hasta la actualidad. En los últimos años se aprecia una nueva desaceleración, hasta el 9,1 ‰ en 2013, no se sabe aún si permanente o transitoria, que podría estar relacionada con la incertidumbre económica y laboral. Si esta hipótesis fuera cierta, es probable que la última caída observada de la natalidad sea permanente e, incluso, que sea el comienzo de una nueva tendencia descendente porque, como argumentaremos en este libro, es improbable que la incertidumbre laboral se recupere aunque la economía lo acabe haciendo.

12. Este menor crecimiento de la población española en la segunda mitad del siglo XIX se reversionó en la primera mitad del XX, en que la mortalidad comenzó a caer.

13. Sobre todas estas cifras véase la excelente entrada de Wikipedia «Evolución demográfica moderna en España», http://es.wikipedia.org/wiki/Evoluci3n_demogr3fica_moderna_de_Espa3a

14. Véase a este respecto Reher, D. S., «The Demographic Transition Revisited as a Global Process», en *Population, Space and Place*, 10, pp. 19-41, 2004.

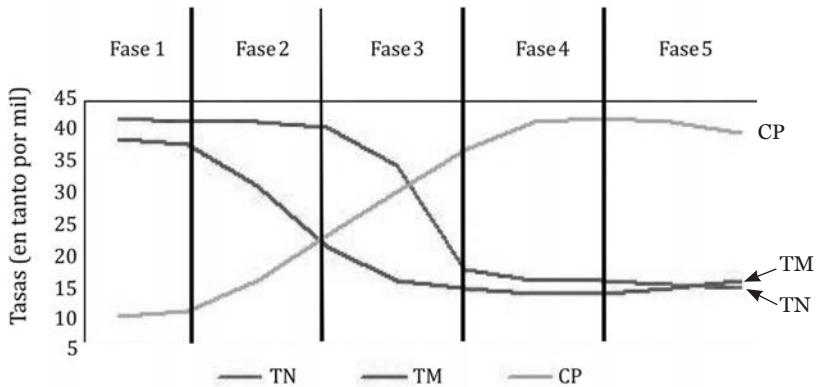
La caída de la natalidad como ajuste a la caída de la mortalidad infantil —lo relevante no sería cuántos niños nacen sino cuántos sobreviven hasta la edad adulta— parece una hipótesis razonable. A ello habría que añadir el cambio estructural que supuso la aparición y la extensión de la aceptación social de los anticonceptivos desde mediados del siglo XX. Esto debería haber reforzado e intensificado el mero efecto de ajuste de la natalidad a la caída de la mortalidad. La humanidad parece haber entrado en una fase en la que es capaz de controlar de manera creciente las variables básicas de la demografía —natalidad, población y, también de manera creciente, la mortalidad, aunque esto último requiera más conocimiento, más ciencia y más esfuerzo. Los economistas saben desde Gary Becker —premio Nobel de economía en 1992— que las decisiones sobre el número óptimo de hijos las tomaban las familias en las sociedades preindustriales como decisiones de inversión. Los hijos ayudaban a trabajar la tierra y cuidaban de los padres ancianos. En las sociedades industriales estas decisiones pasaron a ser decisiones de consumo porque tener hijos, en lo material, solo conlleva costes —alimentación, educación, etc.— sin que haya expectativa de contrapartida clara. En las sociedades postindustriales, añadimos los autores de este libro, cabe preguntarse, admitiendo que los hijos sean bienes de consumo, por el tipo de consumo del que se está hablando. ¿Son los hijos bienes inferiores con elasticidad-renta inferior a la unidad? ¿Son bienes de elasticidad-renta unitaria? ¿O son bienes de lujo, con elasticidad-renta superior a la unidad? En otras palabras ¿aumenta la demanda de hijos con la renta? Uno de los autores de este libro, César, tuvo una discusión sobre este tema con el economista Rudi Dornbusch a finales de los años 90 del siglo pasado. Rudi estaba de acuerdo en que los hijos son un bien de lujo, pero era escéptico en que eso hiciera aumentar el número de niños: pensaba que lo más probable es que aumentase la calidad, no la cantidad, es decir, que los padres invertirían sumas crecientes en la educación de su prole sin aumentar el tamaño de esta. Pocos niños, pero que a los diez años hablarán varios idiomas, serán consumados violinistas y resolverán integrales elípticas. Conforme a los datos, esto es lo que parece estar ocurriendo:

la tasa de natalidad en Estados Unidos es decreciente con el nivel de renta, al revés de lo que ocurre con el gasto en educación.

La interacción entre los tres factores mencionados en este epígrafe —incremento de la productividad y de las rentas; reducción de la mortalidad; y reducción de la natalidad— se acostumbra a representar en diagramas como el del gráfico 1.3 que esquematizan la transición demográfica. Actualmente se distinguen en ella hasta cinco fases. La **primera fase** representa la situación de equilibrio malthusiano desde los orígenes de la humanidad hasta el siglo XIX. Hacia el final de ese período la tasa de mortalidad había comenzado a descender ligeramente y la población comenzaba a crecer de manera sostenida, pero lentamente. En la **segunda fase** la tasa de mortalidad desciende de manera brusca y acelerada, mientras que la tasa de natalidad apenas reacciona porque se requiere más tiempo para que la sociedad interiorice las consecuencias del descenso de la mortalidad. La divergencia entre las líneas TM y TN resulta en un rápido crecimiento de la población (línea CP, que no está en tasas sino en niveles y no se mide contra el eje vertical). Este vigoroso crecimiento produce, temporalmente, una sociedad rejuvenecida en la que los jóvenes constituyen la gran mayoría de las personas vivas. Además, el incremento de la demanda causado por la mayor población acompaña al crecimiento sostenido de la productividad y comienza una era de fuerte crecimiento económico. En la **tercera fase** la sociedad ha llegado a convencerse de que la caída de la mortalidad infantil es un fenómeno irreversible y la tasa de natalidad empieza a descender con fuerza aproximándose a la tasa de mortalidad. Durante el período de ajuste, la población sigue creciendo intensamente, la sociedad se continúa rejuveneciendo, se prolonga la bonanza económica y cunde la percepción, falsa, de que la humanidad ha entrado en una nueva era en la que la población tiende a crecer sin límite. En la **cuarta fase** la tasa de natalidad se estabiliza a niveles próximos a la tasa de mortalidad y el crecimiento de la población se desacelera hasta aproximarse a cero. Como resultado del crecimiento de la esperanza de vida, la sociedad empieza a envejecer y se va atenuando, hasta desaparecer, el efecto positivo de una demografía joven y dinámica sobre el cre-

cimiento económico. En la **quinta fase** pueden combinarse algunos incrementos de la tasa de mortalidad, debidos a una población cada vez más envejecida, con disminuciones en la tasa de natalidad debidas a razones culturales, al incremento de la incertidumbre económica —del que trataremos en diversas ocasiones en este libro— y a la progresiva reducción de la población en edad fértil. En esta quinta fase, en la que ya estarían países como Japón o Alemania, la población empieza a decrecer.

Gráfico 1.3. La transición demográfica



Notas: Los cinco estadios en que se divide la transición demográfica. TN=Tasa de natalidad; TM=Tasa de mortalidad; CP=Población (esta variable no se mide con las unidades del eje vertical de este gráfico; y no debe leerse como crecimiento de la población).

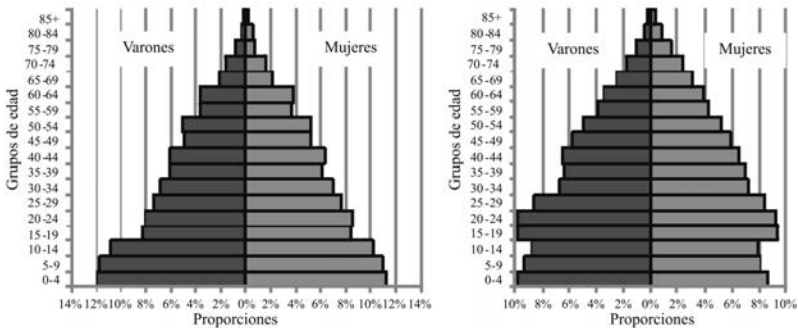
Fuente: Wikipedia. http://es.wikipedia.org/wiki/Transici%C3%B3n_demogr%C3%A1fica#

El esquema de la transición demográfica recoge hechos estilizados de la evolución histórica de los diversos parámetros de la población para dar una idea de lo esencial del cambio demográfico que ha experimentado la humanidad y de los escenarios más probables para su evolución futura. No recoge, deliberadamente, hechos con repercusiones demográficas importantes como guerras —las dos guerras mundiales del siglo XX, por ejemplo—, grandes crisis económicas o financieras —como la Gran Depre-

sión del siglo XX o la Gran Crisis del siglo XXI— y otros con repercusión más inmediata y directa sobre la demografía, como los flujos migratorios o el *baby boom* de mediados del siglo XX. La hipótesis simplificadora, justificada a los efectos de este libro, es que todos estos fenómenos tienen repercusiones de segundo orden sobre las tendencias demográficas a largo plazo, efectos que se pueden ignorar en una primera aproximación.

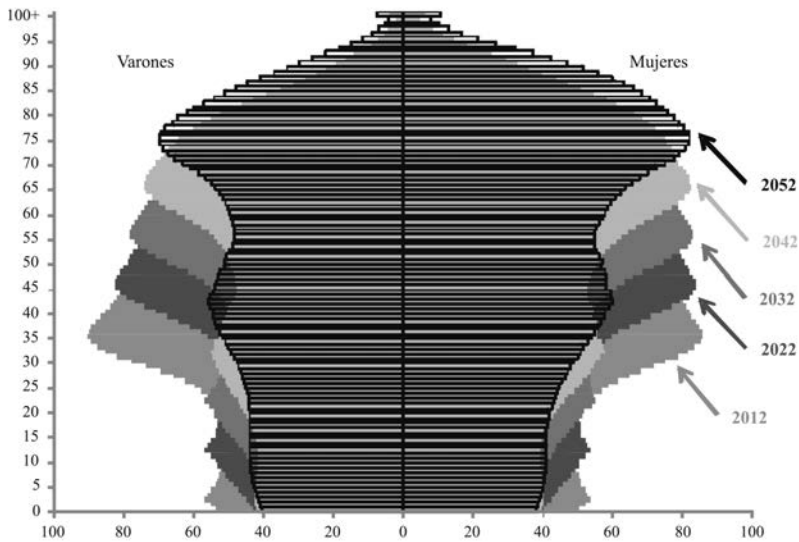
Lo que no se puede ignorar es la respuesta que se dé a la pregunta con la que hemos abierto este epígrafe. ¿Ha cambiado el carácter exclusivamente endógeno de la población humana? ¿Hasta qué punto ha dejado de estar determinada por completo por la evolución de una naturaleza y unas condiciones socioeconómicas exógenas? Nuestra respuesta a estas preguntas sigue la pauta del diagrama de la transición demográfica. En la fase 1 la población es totalmente endógena en el sentido tradicional: resulta del devenir histórico de un medio natural y de unas variables socioeconómicas sobre las que la humanidad no tiene capacidad de intervenir. En la fase 2 la humanidad comienza a ser capaz de ejercer un cierto control sobre la tasa de mortalidad, control que surge de un mejor conocimiento sobre la importancia de la higiene y de una mayor capacidad organizativa de la sociedad para llevar a término políticas de higiene pública. La esperanza de vida y la población crecen como consecuencia de decisiones humanas exógenas al medio natural. En la fase 3 se añaden el control de la natalidad y una mayor aceptación social de un abanico de prácticas anticonceptivas. Como resultado, el crecimiento de la población se desacelera. También esta desaceleración responde a decisiones humanas basadas en un mayor conocimiento y en una mayor libertad. En la fase 4, en la que se encuentra un número creciente de países, la población tiende a estabilizarse, aunque esta tendencia pueda quedar enmascarada por los flujos migratorios, pero estos contribuyen a disminuir la natalidad y la población en los países de origen. La pirámide de población se va transformando en una torre de paredes verticales a medida que la esperanza de vida crece y la natalidad disminuye. En el gráfico 1.4 se muestran las pirámides de población españolas para los años 1900, 1950 y un conjunto de proyecciones hasta

Gráfico 1.4. Pirámides de población de España (Dcha:1990, Izda:1950)



Fuente: INE. Censo de 1990 y 1950

Gráfico 1.5. Pirámides de población. Proyecciones



Fuente: INE. Censo de 1990 y 1950

2049. Las transiciones ilustran claramente el proceso de transformación de la pirámide en una torre. Una imagen vale más que mil palabras.

La especie humana ha tomado control de su demografía y la hace evolucionar como resultante de un número creciente de mi-

llones de decisiones libres e informadas. Esto podría llevar en la fase 5, en la que ya se encuentran algunos países desarrollados, a decrecimientos de la población. Es lo que hay. Malthus parece quedar cada vez más lejos.

La toma de control de su demografía hace a la humanidad más libre y más dueña de su propio destino. Ejercer esa libertad, como ejercer cualquier otra, requiere más responsabilidad. Pon-gamos un ejemplo. En 1945 la humanidad adquirió, por primera vez en la historia, la capacidad de suicidio colectivo. Jean Paul Sartre descubrió que esa nueva capacidad nos hace definitivamente libres porque antes no podíamos suicidarnos todos juntos. Si seguimos vivos es porque vivir nos parece una buena idea. El día que deje de parecernos una buena idea, podemos darle al gatillo nuclear y provocar el final del trayecto. Y del planeta. El ejercicio de esta libertad colectiva suprema ha estado presidido por una gran responsabilidad y ha contribuido a mejorar la vida de la especie humana. El arma nuclear ha tenido un efecto disuasorio que ha propiciado desde mediados del siglo XX una acusada disminución de la violencia.¹⁵ El control de la demografía también conlleva riesgos importantes, como veremos en el capítulo siguiente. Hasta hace muy poco tiempo la población era la consecuencia de lo que ocurría en otras variables, como el clima o la economía. Ahora los términos están invirtiéndose y son otras variables, como el clima y la economía, las que son consecuencia de lo que ocurre con la población. La libertad demográfica hay que ejercerla con responsabilidad, intentando comprender bien su dinámica y las consecuencias que se derivan de tomar unas u otras opciones. En el capítulo siguiente discutimos el ejemplo más trascendente del envejecimiento y la reducción de la población sobre los parámetros más profundos que definen a una sociedad. Cuidado.

15. Ver el libro de Steven Pinker *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*. Paidós Ibérica, 2012.